



Con la colaboración
de la UNIVERSIDAD
PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE202127

SUPLEMENTO
Vida Nueva

EDITORIAL

Paridad

La contribución de la mujer a la vida de la Iglesia tiene muchos matices, que en lo concreto de la vida cotidiana se tornan evidentes y ejemplares, capaces de indicar hoy un camino para la regeneración de la Iglesia y mucho más. Después de haber hablado de las samaritanas y las rebeldes proféticas, proponemos ahora un camino por las grandes amistades espirituales entre el hombre y la mujer, demostrando que el trabajo común y corresponsable, “la conjunción” inclusiva, es siempre fecunda en la vida de la Iglesia. Muchas veces fueron estas “parejas” las que impulsaron procesos innovadores.

Contamos algunas historias que han marcado diferentes momentos en la historia milenaria de la Iglesia. Son relaciones siempre intensas y ricas. Unas son expresiones de un amor espiritual, como el de **Clara y Francisco**; fraternal, como el de **Escolástica y Benito**; o absoluto, como el de **Eloísa y Abelardo**. Y también hay interesantes aventuras humanas entre personalidades distantes. Pensemos en la enérgica **Juana de Chantal**, seguidora y al tiempo inspiradora de **Francisco de Sales**; o, en tiempos más recientes, a la tranquila y entusiasta **Romana Guarnieri** convertida al catolicismo por el inquieto y atormentado **Giuseppe De Luca**. Es importante hablar de estas extraordinarias amistades en la historia del cristianismo porque, aunque con acentos diferentes, y de acuerdo con la cultura de su época, son alianzas basadas en la igualdad. Evidencian un orden diferente en las relaciones, en las que existe un reconocimiento mutuo de una misma dignidad, apreciada tanto por las jerarquías como por el mundo. A veces, en estas parejas destaca el liderazgo femenino. Basta pensar en la energía con la que **Armida Barelli** apoyó los proyectos de **Agostino Gemelli**, fundando y gestionando con él la Universidad Católica.

Estas experiencias son talleres. Estos hombres y mujeres trabajaron en un proyecto común, confiando mutuamente y respetándose. Y estas empresas las pusieron a disposición de la Iglesia.

A partir de sus encuentros surgieron intuiciones y debates espirituales y teológicos. De la fuerza de su amistad brotó un compromiso social, dirigido a las personas aquí y ahora, y nacieron organizaciones que han ayudado a la Iglesia a cambiar su enfoque frente a las plagas del mundo. Ahí tenemos los logros de dos gigantes de la caridad como **Luisa de Marillac** y **Vicente de Paúl**.

Es importante insistir en ello porque es una riqueza que corre el riesgo de perderse. Porque algunas de las preguntas planteadas también cuestionan a la Iglesia de hoy. Porque es a la alianza entre el hombre y la mujer que “Dios ha confiado la tierra” (Sínodo de los jóvenes, 13). (DCM)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual

Consejo de redacción

RITANNA ARMENI
FRANCESCA BUGLIANI KNOX
ELENA BUIA RUTT
YVONNE DOHNA SCHLOBITTEN
CHIARA GIACCARDI
SHAHRZAD HOUSHMAND ZADEH
AMY-JILL LEVINE
MARTA RODRÍGUEZ DÍAZ
GIORGIA SALATIELLO
CAROLA SUSANI
RITA PINCI (coordinadora)

En redacción

GIULIA GALEOTTI
SILVIA GUIDI
VALERIA PENDENZA

Esta edición especial en castellano
(traducción de ÁNGELES
CONDE) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.osservatoreromano.va

DE SILVIA GUIDI

Pensando en la vida de **Armida Barelli** creo que podría irle bien el latinismo, *ad impossibilia nemo tenetur*, pero, al contrario, es decir, todos desean un imposible porque, si se empeñan de verdad, podrían conseguirlo.

La vida de esta mujer, excepcional en su aparente normalidad, está salpicada de episodios que un buen guionista señalaría como “inverosímiles”. Pero todo lo que sucedió puede documentarse. Nunca tuvo un céntimo, aunque a lo largo de su vida puso en marcha ambiciosas iniciativas partiendo de una falta total de financiación; tímida y apasionada por igual, fue también reservada y discreta. Llegó a pronunciar hasta seis discursos al día para las jóvenes de su amada Juventud Femenina con el objetivo de hacerles comprender la importancia de un voto informado y consciente. Fue una trotamundos, dispuesta a ir a cualquier parte hasta cuando las fuerzas le faltaban. Fundó movimientos y redes sociales justo cuando en su vida planeaba la tentación de recluirse. Y la lista de paradojas podría continuar. “¿Su arma secreta? Su conexión con el Más Allá”, puede leerse en un foro online estudiantes de la Universidad Católica del Sagrado Corazón, una universidad que nunca hubiera nacido sin esta mujer.

La causa de beatificación de la “señora Barelli” centra la atención en este momento. Su fe fue sólida, no trivialmente sentimental y de ella a lo largo de los años han surgido éxitos inesperados y verdaderos milagros, no solo tras su muerte. No hay nada de ingenuo ni de dulcificado en su devoción al corazón de Jesús. El término “corazón” en la Biblia indica la sede de la voluntad, lo que ahora llamaríamos inteligencia afectiva.

Armida confió en la locomotora de la Gracia, se dejó llevar por lo que encontraba, fue fiel al método de no tener método e invirtió toda su energía en obedecer al presente. Estaba segura solo de unas pocas cosas grandes y vivió dispuesta a cambiar de rumbo o cambiar de sentido cuando la Providencia se lo indicaba. “Nunca solteronas, –promete a sus amigas a los 18 años–. Seré sor **Elisabetta**, misionera en China, o madre de doce hijos y la primera se llamará Elisabetta. Recordad todos que Ida Barelli será monja o madre, pero nunca solterona”. No quería vivir solo para ella, era su obsesión. Su pasión por la vida se ganó la confianza de un hombre de temperamento difícil, duro y autoritario (por decirlo suavemente) como **Eduardo**, alias



Cultura en acción

Armida Barelli y Agostino Gemelli, dueto de emprendedores



Agostino Gemelli. Fue apodado, como era de esperar, *el Terrible*, no el Magnífico, por los profesores cuando se convirtió en rector de la recién nacida universidad.

El encuentro con el padre Gemelli le cambió la vida. O, mejor dicho, desvió la vida de ambos hacia caminos imposibles



de imaginar antes con proyectos tan ambiciosos que rozaban la locura. Armida se enamoró perdidamente del carisma franciscano, –el mismo que ya había atrapado el corazón de Eduardo–, y entró en la Tercera Orden con el nombre de Elisabetta (en homenaje a la santa húngara como



siempre había deseado en sus sueños de niña). Y comenzó a trabajar en simbiosis con el padre Gemelli junto a sus amigos **Olgiati** y **Necchi**, cuyos nombres ahora adornan aulas y calles en torno a la universidad milanesa.

“Hay que entender que, en 1921, hace cien años, cuando se inauguró la universidad, Armida no era solo una recaudadora de fondos. Nacida en 1882 en una familia de clase media, recibió su formación en el prestigioso colegio suizo de las monjas

Una novela gráfica para una futura beata

Armida Barelli marcó la primera mitad del siglo XX con su deseo de fortalecer la presencia católica y la fe en la sociedad italiana. Una novela gráfica, escrita e ilustrada por **Pia Valentinis** y **Giancarlo Ascari**, narra su vida y sus extraordinarios encuentros con otros protagonistas del catolicismo italiano durante más de medio siglo de historia, además de con **Agostino Gemelli**,

Giuseppe Toniolo, **Benedicto XV** y **Pío XI**. El volumen se titula *Armida Barelli - Nada hubiera sido posible sin ella* y está editado por la periodista y escritora **Tiziana Ferrario** en colaboración con la Universidad Católica del Sagrado Corazón y el Instituto Giuseppe Toniolo. El libro, editado por **Franco Cosimo Panini**, y que cuenta con el asesoramiento de **Aldo Carera** y **Ernesto Preziosi**, sale a la luz con

motivo del centenario de la Universidad Católica. También está prevista una exposición itinerante con los originales de la novela gráfica. El 20 de febrero de 2021 el Papa **Francisco** autorizó a la Congregación de los Santos que promulgara el decreto que conducirá a los altares a Armida Barelli al reconocer un milagro por su intercesión. La ceremonia de beatificación está prevista para 2022.

franciscanas de Menzigen. Era políglota como pocas en la época y llegó a dudar de seguir al padre Gemelli en la ambiciosa fundación de la universidad. No se sentía una intelectual, pero el Sagrado Corazón de Jesús guiaba todas sus elecciones”, escribe **Caterina Giojelli**.

Ya no es “el capricho de la ciencia por la ciencia o la cultura por la cultura, sino todo por la religión”, le escribió Gemelli en 1919. No una fijación erudita sino un servicio al mundo, abierto a lo inesperado y a las sorpresas de Caridad con C mayúscula, que no reside de las nubes para arriba, sino que ha levantado su tienda entre los hombres. Al verla en acción el cardenal **Ferrari** le pidió que fundara la Juventud Femenina Católica. Fue entonces cuando incansable señorita Barelli comenzó a viajar a lo largo y ancho de la península para explicar a las mujeres lo preciosa que era su contribución, para ayudarlas a estudiar, para motivarlas a trabajar y animarlas a involucrarse en la política o en el gran archipiélago de la sociedad civil, en la familia o en el lugar de trabajo.

Pobre en todo (incluso en tiempo y salud), Armida se convirtió en un imán que atrajo miles de donaciones y produjo otros efectos, como el repentino cambio de opinión del conde **Ernesto Lombardo**, en un principio escéptico sobre la viabilidad del proyecto, que acabó firmando un cheque con muchos ceros para financiar la futura universidad (el millón que se necesitaba para la compra del edificio en via Sant'Agnese). Armida apoyó con su trabajo, día tras día, el trabajo de Eduardo Gemelli, quien eligió el nombre de Agostino, Agustín, para emular la determinación y profundidad de pensamiento del Santo. Barelli escribió al final de la guerra: “Sabed que se les ha concedido el voto a las mujeres. Es un ejercicio de actividad política nuevo para nosotras: debemos prepararnos y debemos comprender cuáles son los principios sociales de la Iglesia para poder ejercer nuestro deber de ciudadanas. Las mujeres somos una fuerza en Italia”.

Armida supo bien que la riqueza (la real) está en los ojos de quien sabe ver el mundo con la mirada de un niño. “Qué maravilloso es el destello del sol sobre el agua del mar. Son miríadas de diamantes que el Señor regala hasta a los más pobres”, repetía de niña durante las vacaciones del trabajo en la imprenta de sus padres. *Diamonds are a girl's best friend*, pero solo si son joyas que no hace falta comprar, si recuerdan al hombre su horizonte eterno, y gratis, como la luz que refleja el mar.



Historia de una Iglesia plural

DE CETTINA MILITELLO

La afinidad electiva supone una relación entre iguales. Por esta razón, solo hemos sabido de las grandes historias de amistades y de enemistades entre hombres. Y, sin embargo, con mucha más frecuencia, las afinidades electivas han unido los destinos de hombres y mujeres en la Iglesia. Han sido propiciadas por una misma sensibilidad, una misma herencia de conocimientos, una misma condición social y una idéntica pasión eclesial.

En el mundo antiguo, la amistad entre hombres y mujeres era impensable. El punto de inflexión cristiano, la pertenencia común a Cristo y el mismo compromiso con su cuerpo que es la Iglesia, rompen este tabú para que la amistad y la afinidad que superen el prejuicio ligado a la disparidad, culturalmente insuperable, que determina la diferencia sexual.

En la historia de la Iglesia transitan parejas formadas por hombres y mujeres que comparten la misma fe, el mismo celo

Los grandes vínculos espirituales entre hombres y mujeres han propiciado realidades proféticas

y la misma elección de vida. A veces, el liderazgo pertenece a las mujeres; a veces mantienen de cara al compañero “espiritual” una actitud consonante al sentir común dejando patente la “inferioridad” del otro. En ocasiones, lo común es que en la relación se produzca una subversión de esta jerarquía debido normalmente a que uno de los dos es varón, marido, presbítero u obispo, alguien “naturalmente” adjunto al ejercicio de la “autoridad”.

Pero son muchos de estos hombres los que dan su lugar a las mujeres, mujeres que además han tenido enorme influencia en ellos. Así, estos hombres rompen con los prejuicios y experimentan un seguimiento de Cristo más fuerte y radical.

Lo que llamamos “parejas ascéticas”, –el vínculo familiar facilita la relación entre

los sexos–, están formadas por madre e hijo, hermana y hermano, esposa y esposo, incluso suegra y yerno (como la curiosa relación entre **Sulpicio Severo** y **Básula**, madre de su esposa que murió prematuramente). Y, a veces, la relación matrimonial evoluciona hacia la continencia, apoyando la idea de que la castidad por el Reino vale mucho más que la experiencia nupcial. Pero también encontramos amistades completamente desvinculadas de la unión familiar y que están enraizadas en una vocación común y un servicio eclesial.

Es un elenco que se ha ido nutriendo desde la edad apostólica y martirial. Lo que demuestra que las mujeres siempre han estado presentes en la Iglesia y han sabido dar su lugar al parentesco de sangre, así como tejer otras nuevas relaciones en la perspectiva de una amistad más allá de los prejuicios, más allá de la desigualdad y más allá de la minoría que han constituido.

Ya la *Passio Perpetuae et Felicitatis* muestra al catequista **Saturo** junto a la primera, y los apócrifos *Acta Pauli et Teclae* colocan junto al Apóstol a esta extraordinaria figura femenina que hace propios su estilo y su misión. Más adelante, cenáculos familiares elitistas muestran cómo estar ligados por lazos de sangre se convierte en pretexto para un vínculo diferente e intenso, que genera fe e introduce la audacia de la experiencia mística, como sucedió con **Mónica** y su hijo **Agustín**. En Oriente, **Macrina**, además de hermana, se torna compañera en la elección de vida y se dedica a los hermanos **Basilio** y **Gregorio**.

Parejas como las de **Melania** “la joven” y **Piniano** y **Terasia** y **Paulino de Nola** vivieron una relación transformada en clave ascética debido a sus dificultades para procrear. El ímpetu fundacional de Melania o el de Paulino serían impensables sin la presencia activa y cómplice de quienes compartieron sus vidas.

El mismo compromiso, que encaminado a la inteligencia de la Escritura también en sus aspectos técnico-hermenéuticos, une a **Jerónimo** y a **Paula** quien lo sigue a Tierra Santa y le ayuda con sus transcripciones y revisiones, quizá, incluso de la Vulgata.

Parejas como **Crisóstomo** y **Olimpia** están marcadas por el compromiso ministerial. Les une el servicio a la Iglesia de Constantinopla. Los dramáticos hechos de sus vidas los marcan y constituyen la piedra angular de las cartas que se dirigen.

Y más tarde en el tiempo encontramos otras parejas fraternales como **Benito** y **Escolástica**. Otras son electivas como **Radegonda** y **Venantio Fortunato**. En el se-

Liderazgo femenino

DE LUCIA CAPUZZI

Siempre me ha fascinado la sabiduría del rey **Salomón**. Cuando se convirtió en soberano, no le pidió al Señor riquezas y poder, sino sabiduría y discernimiento para guiar al pueblo de Dios. Asimismo, el principal regalo que creo que debo pedirle al Señor ahora es su sabiduría para guiar a quienes están comprometidos en el Secretariado Católico Eritreo con el fin de llevar a cabo nuestro mandato de la mejor manera posible". El pasado 1 de junio, **Tseghereda Yohannes**, misionera comboniana, asumió pronunciando estas palabras el cargo de nueva secretaria general de los Obispos Católicos de Eritrea. Por primera vez el puesto recae en una religiosa. Tseghereda está acostumbrada a pasar por caminos intransitados.

Hace dos años esta consagrada terminó su doctorado en medicina molecular en la Universidad de Nairobi con una tesis experimental sobre las diferentes reacciones a la malaria en las nueve etnias eritreas. Gracias a su estudio, ahora es posible brindar a cada una la asistencia más adecuada y eficaz. La nueva secretaria ha combinado la docencia académica durante más de dieciséis años con su papel como consejera de la Provincia comboniana. Profundamente consciente de la historia y la sociedad de su tierra, la religiosa señaló como prioridad para su cargo actual "seguir cumpliendo la misión de la Iglesia de satisfacer las necesidades del pueblo de Dios hoy", llevando a cabo "actividades pastorales, humanitarias y sociales para la construcción de la sociedad, según los principios evangélicos, y a favor de todo el pueblo eritreo, independientemente de la etnia, credo o edad de cada cual".

La Federación Luterana Mundial también ha elegido a una mujer como secretaria general. Es **Anne Burghardt**, teóloga estonia de 45 años. Experta en ecumenismo, hace cinco años estuvo entre los organizadores del Año de la Reforma, a cuya inauguración fue invitado el Papa Francisco. En el corazón de su hoja de ruta para los próximos años está el fortalecimiento de la formación teológica.

gundo milenio tenemos a **Francisco** y **Clara**; **Catalina de Siena** y **Raimundo de Capua**; **Francisco de Sales** y **Juana de Chantal**, **Teresa de Ávila** y **Juan de la Cruz**, y gigantes de la caridad como **Luisa de Marillac** y **Vicente de Paúl**.

En el siglo pasado, encontramos una idealidad concreta compartida en **Adrienne von Speyr** y **Hans Urs von Balthasar**; en **Romana Guarnieri** y **Giuseppe De Luca**; en **Raïssa Oumançoff** y **Jacques Maritain**; en **Armida Barelli** y **Agostino Gemelli**...

A menudo, la relación amistosa evoluciona hacia un amor mutuo y apasionado, respetando la elección de la vida. Otras, por el contrario, es la relación conyugal la que evoluciona hacia la amistad, dándole un nuevo valor al que no le falta ni la complicidad ni el cariño mutuos. El caso más claro del amor como confesión extrema que sella la relación lo tenemos en el Epitafio que escribió Jerónimo a la muerte de Paula donde se define a sí mismo como "un anciano decadente que ama". Un sentimiento similar lo encontramos en Francisco de Sales que pone fin a los escrúpulos de su interlocutora diciéndole que no se pregunte cuál es el verdadero nombre de su relación porque lo que importa es que viene de Dios y con eso basta. Una experiencia similar une a Romana Guarnieri y Giuseppe De Luca. En la historia de la comunidad eclesial, las mujeres que mencionamos cuentan y son realmente muchas. Son fundadoras de experiencias de vida innovadoras (Macrina, Escolástica, Clara, Juana de Chantal). Son compañeras en el ejercicio de un ministerio (Paula, Olimpia, Adrienne von Speyr, Armida Barelli). Son místicas que interpelan (Catalina de Siena). Son interlocutoras en la producción intelectual, también vista como un ministerio o una fuerte contribución para repensar y

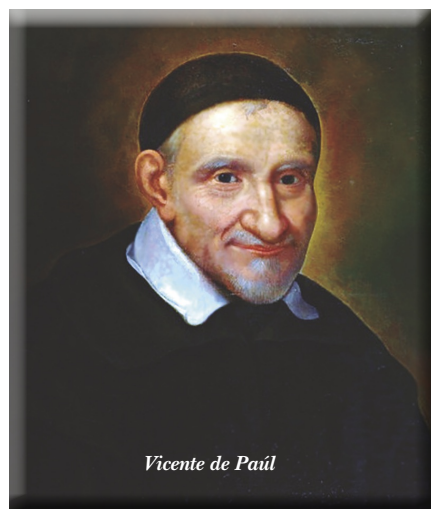
redefinir la fe (Vittoria Colonna, Romana Guarnieri, Raïssa Maritain).

La historia también nos deja mujeres derrotadas. Para ellas, el amor que luego se convierte en un diálogo amistoso tiene el sabor amargo de una relación mutilada. El caso más evidente es el de **Eloísa** y **Abe-lardo**. Pero sabemos cuánto se eleva Eloísa sobre su maestro/ amante/esposo frágil y herido, hasta el punto de que durante mucho tiempo se le negó la autoría de sus escritos por ser, ¡demasiado cultos como para ser atribuidos a una mujer!

Sí, porque sobre la escritura hay un matiz agri dulce. Desde el primer milenio, no hay escritos de mujeres que den fe de estos lazos de amistad. Paulino siempre pone en el comienzo de sus cartas *Therasia et Paulinus peccatores*, pero realmente no sabemos si las escribió junto con su esposa / hermana. No tenemos nada de las mujeres del Aventino; ni nos ha llegado ninguna carta de Paula ni de las demás interlocutoras de Jerónimo. Y solo tenemos las cartas de Crisóstomo, no las de Olimpia... Aunque el tono de las que hemos recibido habla de la estatura de



Luisa de Marillac



Vicente de Paúl

las destinatarias. El testimonio escrito está presente y aumenta en el segundo milenio.

Mientras que Juana de Chantal destruyó las cartas que dirigió al confesor / padre / amigo —que al final se dice hijo—, de Clara, Catalina, Vittoria Colonna, Romana Guarnieri, Raïssa Maritain, Armida Barelli, Adrienne von Speyr y de otras, tenemos cartas y escritos muy diferentes en estilo y contenido que dan fe de su calado intelectual y de su pasión por la Iglesia.

La afinidad electiva y la amistad testimonian así, con diferentes tonalidades, el compromiso incesante por una Iglesia en la que hombres y mujeres pueden trabajar codo con codo.

DE ELISA CALESSI

Ella es fuerte, enérgica, “con algo masculino que sorprendería en una mujer”. Él tiene una sensibilidad marcada, es capaz de una gran ternura, pero es “franco” y un maestro en “escrutar las almas”. Ella es tan impaciente como él paciente. “Cuídate”, le dice en una carta en la que además le pide que no se impaciente. Son dos personajes opuestos, tal y como los define monseñor **Emilio Bougad**, obispo de Laval, en la historia de la baronesa De Chantal (santa **Juana Francisca**) y san **Francisco de Sales**, una pareja célebre de la espiritualidad del siglo XVII y no solo en Francia. Dentro de esta diversidad natural, surge la chispa de una amistad extraordinaria que durará toda la vida. No solo porque son dos santos, sino porque se convierte en una colaboración entre un hombre y una mujer ligada a una relación de paternidad, filiación y fraternidad de la que nacerá una nueva orden religiosa, la Orden de la Visitación de Santa María.

La historia de esta relación está contenida en los cientos de cartas que Francisco y Juana intercambiaron a lo largo de sus vidas, de las que lamentablemente solo quedan las primeras porque la mayoría fueron destruidas por Juana por prudencia después de la muerte de Francisco, pensando en que sus palabras y pensamientos podrían ser malinterpretados. Fue una correspondencia excepcional, ante todo, por la profundidad de un intercambio que recoge todos los matices de lo humano, del dolor a la ternura y de la preocupación a la alegría. Con una libertad, incluso audacia, que en un principio puede sorprender. Hasta que uno se da cuenta de que es fruto de la enseñanza principal en la que el santo instruye a las almas que se encomiendan a él, “la libertad de espíritu”, condición para agradar a Dios. “Que se diga de una vez por todas”, escribe a Juana en una de las primeras cartas en la que confiesa que “sí, Dios me ha dado a vos, me ha dado de una manera única, íntegra, irrevocable”.

La baronesa de Chantal nació en Dijon en 1572, en el seno de una familia de la nobleza borgoñona. Francisco, nacido en 1567 en Saboya, también proviene de una familia noble. Cuando se conocen, Juana tiene 29 años y es viuda desde hace cuatro. Su marido, **Cristóbal II**, barón de Chantal, murió en un accidente de caza que la dejó viuda con 4 hijos. El mayor tiene cinco años, el menor unos meses. Quiere un guía espiritual, alguien a quien pueda



La fuerza social de ser amigos

Juana de Chantal y Francisco de Sales evangelizaron juntos

confiar los tormentos que experimenta. Un día, mientras cabalga, tiene una visión: ve a un hombre que parece un obispo. En su interior una voz le dice que es el guía que le pidió a Dios, pero es un sueño. La imagen vislumbrada en la visión se hace realidad en 1604. Juana está en Dijon, donde su padre la ha invitado porque sabe que llegará el obispo de Ginebra, Francisco de Sales, de quien tanto se habla. Juana asiste a una de sus homilías de Cuaresma y se queda impresionada. Decide que lo tiene que conocer y lo consigue, pero el obispo está siempre rodeado de gente. Ruega a su hermano, **Andrea Fremyot**, también sacerdote, que le invite a su casa para hablar con él a solas. Es su primer encuentro y Juana le habla de su angustia.

Francisco vislumbra en ella un alma grande. Decide cuidarla. “Creo que Dios me ha dado a vos, a cada hora estoy más seguro”. El intercambio de cartas comienza entonces y durará toda la vida. Francisco la guía con habilidad, abordando los mil matices psicológicos de su complicada personalidad, pero también lidiando con los detalles de la vida diaria (desde la crianza de los hijos hasta cómo vivir con el suegro malhumorado, o “la regla” de las oracio-

nes). La pedagogía de Francisco es muy moderna: ver lo esencial y hacer todo con libertad de espíritu. Fuera “los escrúpulos”, “manténgase alejada de la ansiedad”, “haga todo por amor, nada por la fuerza”, no se preocupe por hallar “el gusto” en hacer las cosas, porque el ejercicio de la libertad está en “las cosas que no gustan”. Tiene consejos que adapta a la personalidad de cada uno de los hijos. No descuida los detalles. Por ejemplo, sugiere que todos duerman solos, en su propia habitación e invita a Juana a “actuar sobre la inteligencia y el alma de sus hijos con acciones suaves, sin brusquedad”. Pero si tiene que regañar, lo hace, tanto a ella como a los hijos.

A medida que pasan los meses y los años, crece la conciencia en ambos de que esta relación es un instrumento de Dios para su santidad. “Dios quiere que me use y no lo dude”, le anima Francisco. Las cartas del obispo están llenas de un afecto explícito. “Sepa que, desde la primera vez que me manifestó su alma, Dios me dio un gran amor a su espíritu. Y, cuando se manifestó a mí de una manera más particular, se creó un vínculo entre mi alma y la suya. Es un afecto mucho más cercano (...). Pero ahora, queridísima hija, a eso se le

ha sumado un nuevo cariño, indefinible, pero que tiene el efecto de una gran dulzura interior que siento cuando le deseo la perfección del amor de Dios”.

La vida no le ahorra otros dolores a Juana como la difícil convivencia con su suegro, la muerte de Juana, la hermana de Francisco, que se había ido a vivir con ella o las preocupaciones por los hijos. Mientras tanto, la baronesa, que hizo sus votos de castidad, madura la idea de dejar el mundo y entrar en un convento. Pero tiene hijos que criar, un padre y un suegro que cuidar. Todo parece contrario a este proyecto. Confía a Francisco que no deja de pensarlo. Desde hace algún tiempo le ronda la idea de fundar una nueva orden religiosa femenina para mujeres que físicamente no resistirían a las estrictas reglas de las órdenes existentes. Francisco ve en Juana a la perfecta fundadora. Su propia vida es la demostración de la inspiración que mueve a Francisco: la idea de que la santidad se puede vivir siempre, en todas partes y en cualquier estado. Esa radicalidad es para todos. Francisco pide paciencia a Juana y ella espera. Siete años después, la situación parece despejarse. **Bernardo**, un pariente de Francisco, pide matrimonio a su hija **Marie Aimée**. El hijo, **Celso**, está confiado a su abuelo y tiene un tutor para su educación. Pero un nuevo dolor atenaza el alma de Juana, la muerte de **Carlota** con 10 años por una enfermedad repentina.

Ahora nada impide su proyecto. La hija menor puede ir con ella al convento. Los otros dos hijos están cuidados. En 1610, Juana decide despojarse de todos los bienes en favor de sus hijos y se va a Annecy. Con dos compañeras, **Marie-Jacqueline Favre** y **Carlota de Bréhard**, (a las que se une **Ana Jacobina Coste**), fundan la Orden de la Visitación. Meses más tarde, eran 11.

El 10 de diciembre de 1622, Juana y Francisco se encuentran por última vez. El 28 de diciembre él muere en Lyon. Ella le sobrevivió diecinueve años. Muere en Moulins el 13 de diciembre de 1641.

“Él me hizo suyo y a vos toda mía para que fuéramos más pura, perfecta y únicamente suyos”, se lee en una de sus últimas cartas. Y es la descripción perfecta de esta amistad, grande y fecunda en uno de los momentos más difíciles de la historia de la Iglesia. Francisco, santo en 1665, considerado el padre de la espiritualidad moderna y una de las grandes figuras de la Contrarreforma. Juana, santa en 1767, fue una discípula decidida, libre e inteligente que durante su vida fundó 87 casas. Ambos descansan en Annecy, en la iglesia de la Visitación.

El don de Clara

Los santos de Asís se apoyaron en igualdad y fraternidad

DE ALESSANDRA SARCHI

Después del examen final de la escuela secundaria, pasé unos días en el monasterio de Santa Maria Maddalena en Sant'Agata Feltria, una pequeña ciudad en las colinas del interior de Rimini.

Allí me acompañó un amigo muy querido, un joven fraile franciscano al que había conocido unos años antes y con quien tuve una preciosa correspondencia durante mucho tiempo que comenzaba con: Mi querida hermanita. Era el verano de 1990. Pasé tres días como invitada de las Clarisas. Dormía en una habitación de la casa de huéspedes y allí comía solo lo que me daban. Una vez al día hablaba detrás de la reja del salón con una de ellas, y en la distancia también participé en sus oraciones. De vez en cuando desde la ventana de mi habitación me asomaba al claustro, donde algunas de ellas sentadas a la sombra

y en medio del canto de las cigarras, hacían labores de costura. A veces salía, daba un paseo por ese encantador pueblo medieval, me inclinaba sobre el valle hacia el mar, hacia Rimini, donde mis amigas me habían invitado a ir, y me imaginaba lo que estarían haciendo: playa, helados, discotecas y paseos interminables para mirar y ser miradas por los chicos.

¿Qué buscaba en tanta soledad? No tenía vocación por la vida de clausura, pero frecuentar a los franciscanos me había puesto en contacto con una idea de pobreza, sencillez e igualdad entre hombres y mujeres que me liberaba de muchos pensamientos de adolescencia. En esa habitación desnuda encontré una esencialidad a la que todavía vuelvo de vez en cuando. Conocí a la orden franciscana a la misma edad que cuando Santa Clara dejó su hogar paterno y se unió a San Francisco que se alojaba en una choza al pie de Asís. Cuentan que fray **Rufino**, actuó como intermediario entre los dos. Ya en 1209 Clara mandaba a comprar carne para los frailes que estaban

restaurando la Porciúncula. Siempre me ha conmovido la preocupación de Clara por la salud física de Francisco, así como el hecho de que le dejara cortar el pelo: es un gesto de gran intimidad, de abandono. En su relación, como con sus hermanos y hermanas, la atención al cuerpo y el cuidado están muy presentes.

Puedo imaginarme muy bien a la joven de dieciocho años que creció devotamente y llegó a la edad de casarse, rebelándose contra un destino socialmente marcado y no elegido y hacer un gesto de ruptura. A esa edad, las personas no suelen ceder, sino que se sienten atraídas por cosas extremas porque les confieren identidad cuando todavía no tienen un lugar en el mundo, quizás solo una habitación en la que refugiarse. El escape de Clara de la protección y las limitaciones de su familia aristocrática (su padre era el conde **Favarone di Offreduccio degli Sci-**

fi y su madre, **Ortolana Fiumi**, noble) no era un acto de

rebelión juvenil. Clara sabía bien a lo que se enfrentaba: “Cuando supo que san Francisco había elegido el camino de la pobreza, propuso en su corazón hacer lo mismo”, dijo el familiar **Giovanni di Vettuta** en su canonización de la santa.

Siempre será fiel a la pobreza.

Requerirá del Papa **Inocencio III** en 1216 un privilegio singular cuando la forma de vida de ese grupo de mujeres, que se habían asentado con ella en San **Damián**, parecía irracional y demasiado fuera de lugar de los esquemas de las jerarquías eclesásticas, que hubieran preferido que se adecuasen a las normas benedictinas de conventos femeninos dotados de propiedad e ingresos. Pero Clara se mantuvo firme en la elección de no poseer nada. Enamorada y convencida de ese proyecto de *fratres minores* y *sorores minores*, del que el obispo **Giacomo di Vitry**, de paso por Asís, quedó tan impresionado que habló de ello en una larga carta.

Francisco atraía cada vez a más seguidores y Clara con sus primeras hermanas probablemente vivía de una manera similar a la de los frailes: cuidando a los





→ enfermos, ayudando a los necesitados, en la pobreza absoluta y desafiando las convenciones de lo que se consentía a una mujer. Incluso el milagro de la multiplicación del pan para sus hermanas hambrientas nos dice cuánto se sentía Clara igual a cualquier otro hombre en la imitación de Cristo.

Clara y Francisco pertenecían a los privilegiados en una sociedad donde las diferencias eran extremas. Tan aristocráticos o ricos fueron sus primeros seguidores, frailes y hermanas sensibles a la injusticia y convencidos de que aplicando el Evangelio remediarían las desigualdades que mantenían a los mendigos, leprosos y enfermos alejados de los palacios en los que ellos mismos habían vivido y de las calles respetables de la ciudad. Se tuvo que hablar mucho en Asís del momento en que, frente al obispo **Guido**, Francisco devolvió dinero y ropa a su padre, un comerciante muy rico que deseaba que su hijo se convirtiera en caballero. En ese momento, Clara era una niña. Durante los siguientes cinco años, maduró la decisión de seguir el ejemplo de ese joven que, habiendo sido derrochador y buscador de placeres, había demostrado que uno podía ganarse la vida con el trabajo y la limosna, sin acumular dinero y bienes. Tratemos de imaginarlo: dejar una casa protegida y caliente, con comida abundante en la despensa, ropa hermosa, joyas, adornos y sirvientes para vivir en la incertidumbre, al servicio de los demás. Esto era pobreza puesta en práctica.

Me he preguntado por qué para ellos era tan importante. La pobreza es revolucionaria, cuestiona el poder entre los hombres y las injusticias de la sociedad. Vivir descalzo, es muy difícil. Pero cuánta liberación en volver a ser criatura, no persona históricamente determinada y limitada. Como quitarse

la ropa en un prado o zambullirse desnudo en el agua. Pero no siempre es verano o primavera, y tuvieron que lidiar con la dureza, la enfermedad y la derrota. El vínculo entre los frates y las sorores menores se debilitó por la acción de las jerarquías y sus reglas tuvieron que plegarse a obligaciones que no hubieran querido. Clara, dispuesta a partir hacia Marruecos para ayudar a los frailes martirizados, ¿deseaba una vida de estricta clausura? No lo parece. Había religiosas que servían fuera del monasterio y estaban exentas del ayuno, de caminar descalzas y de la obligación del silencio. El claustro fue una imposición papal, así como la regla de 1223, que rompió el vínculo con las sorores y provocó que perdiera importancia la pobreza, el cuidado de los leprosos o la predicación pacífica a los infieles, puntales fundamentales para el santo. Sus ideales absolutos se redujeron en gran medida.

Pero mantuvieron la alegría. Ya ciego, Francisco pasó un largo período en San Damián, y allí, cerca de Clara, terminó de componer el Cántico de las criaturas, una alabanza llena de amor a la Creación. En los veintisiete años que le sobrevivió, Clara no perdió la luz de su fe y de su forma de vida. Escribió y logró que se aprobara su regla, algo excepcional para una mujer.

En su vida, Clara tuvo visiones. Lo relató la hermana **Filippa** en el proceso de canonización: Francisco amamanta a Clara y esa leche se vuelve oro en sus manos. “Les parecía que era un oro tan claro y brillante que uno podía verse en él como si estuviera casi en un espejo”. Es una imagen muy gráfica de su intercambio espiritual que pasa una vez más por un acto físico, una corporeidad en la que hombre y mujer se vuelcan. Es una señal poderosa de su idea de igualdad y fraternidad.

DE CRISTIANA DOBNER

Después de siglos, ¿es posible hacerse eco de la voz de hombres y mujeres del pasado?, ¿hay una forma de escuchar estas voces o hay que crearlas de nuevo?

Quizá sea posible aplicando una triangulación: contexto histórico, reacción personal y pensamiento. Hay que ahondar en la realidad de los acontecimientos. Entonces la epifanía de las personas se rebela luminosa.

Más aún cuando se trata de dos parejas que a lo largo de los siglos han dejado una huella viva y palpitante como **Benito** y **Escolástica** y **Francisco** y **Clara**. Dejan rastro, como han señalado las historiadoras contemporáneas que lograron hacer hablar a estas mujeres cuando en siglos pasados dominados por historiadores patriarcales fueron condenadas, no solo al silencio sino al mutismo. ¿Puede el aparente vacío dejar alguna señal? La huella estaba allí y en diferentes siglos, Escolástica en el IV o Clara en el XIII. Ambas vivieron siempre a la sombra de Benito y de Francisco... ¿como quería la Historia oficial? Claramente no. Deseosas de comunicar, quedarse en la sombra no fue una opción ni para una ni para la otra. También porque la diferencia femenina siempre ha existido, aunque sea sometida por el silenciador social.

Aparentemente silenciadas, en ambas la verdad era apremiante y por eso quedó grabada en la Historia. Pero, ¿cómo? ¿Cuál es el vínculo entre el famoso encuentro de Benito y su hermana gemela Escolástica en 547 y el encuentro de Francisco y Clara en Asís a mediados del siglo XIII?

La desobediencia y la metamorfosis, todavía hoy preciosas y vitales.

Ambas mujeres desafiaron su entorno social pensando por sí mismas, es decir, cultivando un pensamiento y un razonamiento que, entretendido con la experiencia de vida, les abrió los ojos sobre el rol de la mujer y la posibilidad de expresar decisiones personales, dictadas por su voluntad y su empatía con aquellos con quienes compartieron la peregrinación terrena.

No se trata de egocentrismo: Escolástica y Clara estaban profundamente centradas en la experiencia de la irrupción de Dios en sí mismas y en la Historia de la humanidad. Sin



Ser santa sin vivir a la sombra de un santo



embargo, estaban unidas a una autonomía de juicio que no las vinculaba a lo socialmente masculino.

Fue una desobediencia de pensadoras y de atrevidas. Una libertad conquistada con un toque de mujer y compartida con alegría.

Con Benito y Escolástica y Francisco y Clara todo cambia y se impone una relación en la que los roles no están sujetos a leyes rígidas, sino a un profundo sentimiento de auténtica empatía. Entonces se abre un camino, evangélico y social, original y nuevo, porque emana de uno mismo como una experiencia específica para descubrir y formular nuevas interpretaciones para transformar la realidad. Pero dentro del sentir femenino, que percibe la necesidad de la experiencia, la práctica de la relación y la mediación con el otro sexo.

No se vieron forzadas y obligadas a concebirse como dictaban sus familias, en las que prevalecía la separación y jerarquía entre padre y madre y la hija y el hijo.

Escolástica y Benito se veían una vez al año. En su encuentro del 6 de febrero del 547, Escolástica que, hasta donde sabemos no pertenecía a una orden definida ni vivía dentro de una fundación monástica, deseosa de hablar con su hermano con quien convivía en profunda armonía, no tiene miedo de desobedecerlo pidiéndole que continúe su conversación durante toda la noche, a pesar de la regla monástica que les obligaba a regresar a la abadía. Benito se niega. Escolástica reza al Señor y, al

Escolástica y su gemelo Benito, Clara y Francisco: ninguno minusvalora el papel de la mujer

instante, se encapota el cielo y se desencadena un temporal. Así, pasaron toda la noche hablando. Escolástica, arquetipo de la mujer de Dios, no impone la autoridad de su persona, sino que se dirige al Altísimo mismo. Así, reafirma ante su hermano su precisa identidad de religiosa conocedora de la Biblia: el poder espiritual que vence al temporal, la fuerza vigorosa de quien anuncia como profetisa desarmada que vence a la alienación armada del mundo. Escolástica goza de autoridad, no de poder. Y ella está en la raíz, si no como fundadora, de las religiosas benedictinas.

Clara se siente atraída, a sus aún doce años, por la pobreza radical de ese Francisco loco al que vio desnudarse para seguir a Cristo. No es el amor sublimado por el hombre Francisco, sino el amor por ese Francisco que revela el amor de Jesucristo.

Clara no comparte su vida con los hombres y mujeres de su entorno, crea su propia manera de ser consagrada: es la primera que elabora una regla femenina. No solo eso, es la primera que recibe el reconocimiento de todos, después de mucha resistencia y oposición a la regla que más inquietaba, la de no poseer nada.

Clara, noble, rica y culta, -con un excelente conocimiento del latín-, se lanza de cabeza a la pobreza absoluta en un momento histórico de naciente economía monetaria y en el que el mercado y la burguesía dictan la ley con su creciente poder, especialmente en tiempos de guerra. Se atreve a pedir a Inocencio III en 1216 un privilegio desconcertante: no verse obligada a aceptar posesiones de ninguna manera: "Y si alguien te dice o sugiere otras iniciativas que impidan el camino de la perfección que has abrazado o que te parezcan contrarias a la vocación divina, no sigas sus consejos".

Nótese ese "alguien" que incluye también al Papa. Así, cuando Gregorio IX quiere liberarla del voto de pobreza, su respuesta, sin acritud, lanza sin embargo un golpe teológico impresionante: "Santo Padre, a ningún pacto y nunca, in eterno, deseo ser dispensada del seguimiento de Cristo". Y, siendo una desobediente genuina, gana la partida después de siete años de resistencia y en vísperas de su muerte.

El dualismo colaborativo entre Francisco y Clara, entre hermanas y hermanos, alcanza su punto máximo cuando Clara, en 1230, en la Bula de Gregorio IX que prohibía a los hermanos predicar a las hermanas sin el permiso del Papa, reacciona con una huelga de hambre. La desobediente gana.

La experiencia de las parejas Benito-Escolástica y Francisco-Clara, rezuma teología, no la que se elabora en la mesa y luego se ofrece (o impone) a la vida. Una teología probada y vivida experiencialmente.

No han dejado juntos obras teológicas o reflexiones filosóficas, sino escritos de vida, cartas, reglas que habían plasmado en su existencia y alguna invocación orante y poética. Un flujo que no se ha agotado en el contexto del tiempo al que pertenecieron, sino que ha atravesado los siglos fecundando con maternidad, una capacidad de mediación que genera creatividad infinita, que se vuelve a proponer con oleadas de desobediencia y liberación y que alimenta el conocimiento del alma con la razón del corazón y con la sabiduría de la vida.

Benito con Escolástica y Francisco con Clara vivieron en la determinación de esa intuición estratégica que se mueve entre la voluntad, la fe, el deseo y la pasión que guía y preside la conformación de uno mismo para llegar a la metamorfosis: la única forma de transformar la realidad histórica.

No fueron solo transformaciones del rol de la mujer, sino metamorfosis que permitieron que la dualidad, hombre y mujer, interactuara de manera respetuosa y productiva porque eran iguales ante la Gracia.

Maridaje de amor y teología

DE ADRIANA VALERIO

A su señor, más bien, su padre; a su marido, más bien, su hermano; a su dama, más bien, su hija; a su esposa, más bien, su hermana: a **Abelardo Eloísa**". Las palabras de esta primera carta que Eloísa escribe a Abelardo tras años de dolorosa separación reflejan la condición existencial y psicológica de esta pareja que pasó a la Historia como prototipo de amor infeliz por las pasiones y el drama de los acontecimientos de los que fueron protagonistas.

Cuando se conocieron en París, hacia 1117, él tenía casi 40 años, ella 17. Él estaba en la cima de la fama como filósofo, mientras ella destacaba por su inteligencia y sabiduría. Sorprendía en el ambiente parisino de la época que una joven emprendiera el estudio de la filosofía y la teología fuera de los tranquilizadores muros de un monasterio. Este estupor, mezclado con admiración y atracción, atrapa al maestro Abelardo que se enamora de la alumna, —“que tenía lo que más seduce a los amantes”, explicaba—. Comenzaron una relación clandestina que culminó con el nacimiento de un hijo, **Astrolabio**. El matrimonio secreto, deseado por Abelardo que, como clérigo, no quería comprometer su posición académica, no apaga el enfado de la familia de Eloísa los cuales, seguros de que el filósofo no quería asumir las debidas responsabilidades hacia la mujer y el niño, para vengarse, lo castraron con nocturnidad y alevosía. Un Abelardo desesperado buscó refugio en la abadía de Saint-Denis, donde se convirtió en monje benedictino. Eloísa se vio obligada a retirarse al monasterio de Argenteuil. Él se dedicó al estudio y la enseñanza de la teología, entrando en conflicto con monjes y estudiosos. Ella, convertida en abadesa del monasterio del Paráclito, llevó una vida de oración y meditación. Durante diez largos años no se habían visto, pero la noticia de los peligros que atravesaba Abelardo empujó a Eloísa a escribirle para tener noticias de él.

Así nació un epistolario intenso que permite conocer más en profundidad su relación humana y espiritual. A través de la separación, tuvieron la oportunidad de elaborar su dolor y años después fueron capaces de reconstruir un vínculo que ya no se basaba en la sujeción del discípulo

Abelardo y Eloísa representan una relación total que se convierte en pasión intelectual y espiritual

a su maestro o en la pasión amorosa, sino en la recíproca estima que les ayudó a sentirse unidos en una intensa red de colaboración que les permitió reconocerse y alcanzar la paz interior. Abelardo, con su cultura, ayudaba a Eloísa y a las monjas del convento a poner en valor su identidad femenina trazando la historia del papel positivo desempeñado por la mujer en la Biblia y en la historia de la Iglesia. Eloísa, por su parte, hablaba a Abelardo, el célebre maestro de la moral, de su autonomía de conciencia que la había llevado a elecciones valientes, a vivir un amor desinteresado con abnegación y a poner en práctica esa ética de la intencionalidad teorizada por el filósofo y transformada por ella en una ética de la responsabilidad. Para ella, el significado moral de una acción no radicaba en el comportamiento externo, sino en la intención que mueve a quienes actúan y que revela el valor esencial de la acción: “Debemos evaluar cuidadosamente, no las cosas que hacemos, sino el espíritu con el que las hacemos”. Esto le permitió lanzar su grito de dolor al reivindicar la legitimidad de su pasión por él, no nacida del pecado, sino inspirada por el amor y que la hizo afirmar paradójicamente: “Yo,

que he pecado mucho, soy completamente inocente”. El pecado se disuelve frente a la verdad del amor.

Abelardo recomendó a Eloísa y sus hermanas que aprendieran hebreo y griego para comprender la Sagrada Escritura. Y Eloísa, una erudita madura y escrupulosa, le respondió con 42 preguntas exegéticas para una comprensión más correcta de la Biblia y, en consecuencia, para su diferente aplicación en las elecciones éticas que la vida real conlleva. La unidad de la vocación cristiana, la positividad de la experiencia del matrimonio, la centralidad de la conciencia ética, el fundamento de toda acción y la atención a la persona humana considerada en su individualidad específica son maduradas en Eloísa dialogando con Abelardo y meditando sobre la Biblia, por lo que demuestra su conocimiento y sentido crítico. En su condición de mujer, Eloísa sintió la necesidad de una norma de vida monástica dirigida a las especificidades del sexo femenino. Polemizó amargamente con el mundo religioso masculino y, en concreto, con la regla benedictina, concebida y fijada para los hombres y que tantas veces mortificaba a la persona en nombre de una norma objetiva y externa.

Abelardo murió el 21 de abril de 1142. Eloísa le sobrevivió veintidós años. En 1792 se unieron los restos de ambos para que pudieran estar juntos al menos en la muerte. En 1817, la tumba se colocó en el cementerio de Père Lachaise en París.





El matrimonio de Raïssa y Jacques Maritain habla de fidelidad en la libertad

La tercera línea es la de la búsqueda constante y compartida de la verdad, ya satisfecha por la fe, pero continuamente profundizada con una aspiración constante a hallar aclaraciones cada vez mayores.

Aquí es donde se inserta el encuentro con la filosofía y teología de santo **Tomás** que abrió nuevos horizontes al indicar que entre fe y razón no hay contradicción y que todo el pensamiento contemporáneo, incluso con toda su problemática, puede ser visto bajo una luz superior que revela su potencial a veces oculto y escondido.

La de Santo Tomás, incluso para los Maritain, es la “filosofía perenne” que no anula todas las demás conquistas del pensamiento porque estas, de distintas formas, tienden hacia una verdad que en sí misma es siempre inagotable.

Hablando de Raïssa y Jacques Maritain, nos puede venir a la mente la otra gran pareja francesa del siglo XX: **Simone de Beauvoir** (1908-1986) y **Jean Paul Sartre** (1905-1980), quienes recorrieron un itinerario existencial a años luz de distancia de los Maritain.

Una pareja libre y abierta a otros lazos, sin ningún vínculo de fidelidad mutua a excepción del de la absoluta sinceridad, Beauvoir y Sartre compartieron una experiencia de vida en la que el pegamento principal era el intelectual y su aspiración a la libertad absoluta y sin condicionamientos.

Sería fácil acercarse a estas dos parejas utilizando la contraposición entre trascendencia (los Maritain) e immanencia (de Beauvoir y Sartre), en realidad, la cuestión es más sutil: trascendencia en ambas parejas, pero vertical para la de los Maritain y horizontal para la de Beauvoir y Sartre.

Para la primera pareja la trascendencia vertical se cifra en mirar a un Dios que los trasciende a ambos y los arrastra a su espiral de amor. A la segunda es atribuible la trascendencia horizontal de la imposibilidad de apropiarse del otro que permanece siempre en sí mismo, a pesar del amor.

Hasta aquí el posible acercamiento, pero, yendo más allá, solo hay que señalar la imposibilidad de una verdadera comparación entre dos parejas que, cada una en su singularidad, han ejercido una enorme influencia en las generaciones posteriores, tanta que aún hoy se nota.

Entre fe y razón

DE GIORGIA SALATIELLO

Raïssa Oumançoff y Jacques Maritain son una de las parejas más famosas del siglo XX en Europa, y no solo aquí. Es difícil enmarcarlos en un contexto reducido porque sus intereses y su influencia son enormemente amplios.

Raïssa (1883-1960), judía rusa, y Jacques (1882-1973), francés de familia protestante, se conocieron en 1900 durante sus estudios universitarios en París, en la Facultad de Ciencias. Ni a Raïssa ni a Jacques, ya licenciado en filosofía, les habían convenido los estudios en ese centro ni tampoco la filosofía de su tiempo, caracterizada por el escepticismo y el relativismo.

Así comenzó un largo camino que finalizaría en 1960 con la muerte de Raïssa y que se desarrolló a lo largo de varias etapas significativas.

En 1904 Raïssa y Jaques se casaron por lo civil, pero el verdadero punto de inflexión fue en 1905, con su conversión a la Iglesia católica, seguida del bautismo en 1906, gracias sobre todo a la influencia de **Charles Péguy** y a la filosofía de **Henri Bergson**, tras un decisivo encuentro con el novelista **Léon Bloy**. A partir de ese momento, Raïssa y Jacques compartieron todo en una vida llena de acontecimientos que los llevó a Estados Unidos, Canadá y de regreso a Francia hasta que, en 1945, Jacques fue nombrado embajador de Francia ante la Santa Sede hasta 1948.

Tras la muerte de su esposa, Jacques se retiró a la Comunidad de los Pequeños Hermanos de Jesús. En 1971 se convirtió en uno de ellos.

Se pueden identificar tres líneas a lo largo de las que se desarrolla el camino de los Maritain: la del amor mutuo, la de



la fe, —tanto buscada como encontrad—, y la de la investigación común en busca de la verdad.

El amor de Raïssa, poeta y mística, y de Jacques, filósofo y ensayista, tocó todas las dimensiones de su existencia y, de acuerdo con los testimonios de las personas que los conocieron, fue generalizado, es decir, capaz de irradiar e involucrar a otros en una red de profunda amistad y confianza espiritual e intelectual.

Se ha dicho que la experiencia existencial de los Maritain está intrínsecamente conectada y, de hecho, es imposible hablar de su mutuo amor sin tener en cuenta el camino que juntos los condujo a la fe católica que constituiría el faro luminoso de sus vidas.

La fe les había arrancado del nihilismo y pesimismo entonces imperantes en la cultura y la filosofía francesa y la fidelidad a la Iglesia católica, a pesar de sus entonces evidentes defectos, los acompañó siempre a través de un fuerte sentimiento de convecida pertenencia.



La singular amistad entre la beguina y el sacerdote

DE EMMA FATTORINI

Maldije esta cabeza que no dejaba de pensar y este corazón que siempre anhelaba. Y me encuentro con una confianza y una serenidad que no sé de dónde vienen. Me siento seguro, siento gratitud, nada más que gratitud, por tanto, por todo y por todos. No puedo explicar exactamente cómo es" (carta 21, 23 de febrero de 1939. Correspondencia entre **Giuseppe De Luca** y **Romana Guarnieri** 1938-1945, Morcelliana).

Estamos a finales de los años treinta. Ella, Romana Guarnieri (1913-2004) es una brillante joven académica de una familia burguesa ítalo holandesa. Él, el padre Giuseppe De Luca, (1898-1962) es un sacerdote de humilde origen sureño, cuyo sueño es promover la cultura católica al más alto nivel y de forma menos provinciana. La suya será una relación especial, entre las más intensas de todo el siglo XX, "una excelente relación mujer-sacerdote", en la que la mujer casi asume la dirección espiritual. Sin embargo, la naturaleza de su relación espiritual no se limitó a esta inversión de roles. El intercambio entre ellos a nivel existencial y psicológico y sus proyectos comunes producirán muchos frutos intelectuales, teológicos y prácticos, como la fundación de las ediciones de *Storia e Letteratura*, concebida no solo como editorial, sino como una verdadera empresa espiritual y cultural. Nunca podremos explicar suficientemente la excentricidad de este encuentro: ella ávida de vida, moderna y secular, apasionada de la literatura

Romana Guarnieri y Giuseppe De Luca encarnan cómo Dios es el puente entre vocaciones dispares

y el arte y "completamente ignorante y desinteresada de la Iglesia y la religión", se convierte en una beguina desafiando los vientos y las modas que quieren que la mujer secularizada y emancipada salga de cualquier dimensión religiosa y eclesial.

Su irreprimible pero duradera conversión se realiza a través de este sacerdote romano íntegramente dentro de la formación tridentina que cultiva el sueño de una erudita reconstrucción de la tradición católica en contraposición a la más alta cultura secular, junto con la piedad popular de los simples y los últimos. Oxímoron y polaridades e impulsos místicos, pero también proyectos culturales y políticos racionales nos hablan de un intercambio verdadero, auténtico, inmediato y directo, emocionado y emocional, en el que los planes se entrelazan. Pero para entender lo que fue esta relación es necesario remitirse al comentario póstumo de la propia Romana Guarnieri. Sus recuerdos nos devuelven a la verdadera esencia de su relación, revelan su sustancia espiritual, casi sacramental, porque la suya es una verdadera confesión, un lugar en el crisol de la conversión toda la vitalidad de la relación, de sus necesidades y de sus motivaciones. Guarnieri es bien conocida por sus investigaciones sobre formas de

asociación femenina, que no dieron lugar a una verdadera fundación monástica como tal, estudios retomados por la historiadora y amiga **Gabriella Zarri**. Sus mayores intuiciones tienen lugar sobre el misticismo femenino con "el descubrimiento" de la mística holandesa **Margarita Porete**, autora del *Espejo de las almas simples*, quemada en la hoguera junto a su libro en 1310.

Se ha escrito muy poco sobre la relación entre Guarnieri y De Luca, y las cosas más hermosas son las que escribió Romana en los años ochenta y noventa en la revista *Bailamme*, un periódico de espiritualidad y política que congregaba a pensadores diversos, católicos, excomunistas, judíos, feministas, laicos y consagrados. La lucidísima y volcánica estudiosa recuerda en una columna de esta publicación los momentos sobresalientes de su relación. El resultado son pinceladas históricas sobre la Roma de la ocupación alemana y el período de posguerra, algunas historias sobre los más grandes intelectuales, sobre los hombres de la curia o sobre los políticos de la época. Son memorias de alto nivel escritas con la vivacidad característica de su forma de comunicar, ya conocida a través de distintos géneros literarios como cartas, ensayos científicos y artículos para periódicos y revistas a los que se dedicará en los últimos días de su vida.

La conversión tiene lugar en medio del ímpetu de la juventud cuando en Romana, joven neófita en la fe, emergen ideas como dejarlo todo. "En mi total ignorancia y sencillez, cada palabra bíblica tenía un sabor particular, me llegaba inmediatamente a

lo más profundo, solo a mí y a nadie más. Bendito tiempo de infancia espiritual, un tiempo que no vuelve. Incluso el alma tiene su edad y un alma madura no es siempre fácil de sobrellevar". Así cuenta Romana cómo el 1 de junio de 1943 tras el duro ultimátum de sus padres, ella y Giuseppe decidieron que había llegado el momento.

"Salimos de mi casa bastante angustiados y partimos sin la menor idea de adónde iríamos. Después de haber rezado un Ave María y una invocación a mi ángel de la guarda, llegamos a la Porta di San Pancrazio bajando hacia San Pietro. Llamamos a la puerta del primer convento que encontramos en nuestro camino y preguntamos por la madre superiora".

Una lágrima, una ruptura, un nunca mirar atrás, como el joven rico del Evangelio. El nudo emocional y el caos existencial de la joven romana vivido con orgullo, consciente de sus múltiples dotes intelectuales y humanas, le hicieron sentir muy cerca de la parábola de los talentos. Este fue el escenario de su rápida conversión, de su enamoramiento y confianza en el Señor.

El padre Giuseppe es el intermediario y el inspirador y, con ella es, ante todo, un sacerdote. Y así lo describe Romana: "Hablando de De Luca, muchos recuerdan lo buen escritor que era, así como extraordinario estudioso, humanista, político y amigo sin igual... Todas fueron cualidades nobles y reales en él, pero se olvidan de lo mejor de él, lo que a él le ha importado más por encima de todo, es ser sacerdote, un verdadero sacerdote, sacerdote", escribe en abril de 1987 en *Bailamme*.

Así podríamos hablar de Romana. Además de su talento de estudiosa, poco se sabe de su fe, de que estuvo enteramente ligada a la tradición en el espíritu del Concilio Vaticano II, de que fuera una "beguina" desafiando los vientos de las modas conciliares que querían que la mujer se emancipara. Y quizás, gracias a esta identificación femenina, vivió serenamente el último período de su vida en ese momento tan complicado para la Iglesia y para el mundo en el que tuvo que envejecer. Una fe alegre, no exenta de turbulencias debido a ese carácter indomable, a veces áspero, sobre el que trató de trabajar con paciencia y modestia, con el que tuvo que llegar a un compromiso y que acabó aceptando.

Es difícil imaginar que una polaridad tan extrema en términos de carácter, convicciones y afiliaciones se entrelazara en una relación espiritual y amorosa tan potente y se fundiera en una pasión común por Dios.

Alianza para un proyecto

La reciprocidad facilita la orientación a un objetivo común

GIORGIA SALATIELLO

Tengo la suerte de tener un padre espiritual, un sacerdote jesuita, que me acompaña en mi camino de crecimiento interior, sin nunca antecederme ni dirigirme, sino caminando conmigo. Cuando hablo de la amistad espiritual entre un hombre y una mujer en la Iglesia, mis pensamientos se dirigen inmediata y espontáneamente a mi experiencia personal. La historia de la Iglesia está atravesada por un miedo generalizado a la mujer, que se ha traducido en marginación y discriminación. Pero también conoce grandes ejemplos de fructífera colaboración y trabajo. Sin embargo, cuando hablamos de amistad espiritual es necesario aclarar qué se entiende por amistad y qué por espiritual referido a la propia amistad entre un hombre y una mujer. La amistad es una relación intensa y envolvente en la que entran todas las dimensiones de la persona, sin que una sola se convierta en dominante. El respeto, la fidelidad, la lealtad, la estima, el cariño y la reciprocidad son los rasgos característicos fundamentales y cada uno, a partir de su experiencia concreta, podría sumar otros. La especificación de "espiritual" indica más una dirección, un viaje compartido hacia una meta, que trasciende a ambos amigos a través

de otros aspectos que los engloban y valorizan. La contestación a la supuesta imposibilidad de una amistad entre los dos sexos no surge tanto de un razonamiento que afirma la posibilidad, sino de la observación de ejemplos históricamente concretos. Ahí están los encuentros existenciales y espirituales de **Benito y Escolástica, Clara y Francisco, Sales y De Chantal, Von Speyr y Von Balthasar** y otros que aparecen en este número. Dos conceptos que son sumamente fructíferos para profundizar en la comprensión de la amistad espiritual entre hombre y mujer: el primero es el de alianza y el segundo, posterior, el de proyecto. El concepto de alianza nos remite directamente a las dos historias de la creación del hombre y la mujer en el libro del Génesis que nos hablan de dos existencias distintas por sexo, pero iguales por dignidad (ambas *imago Dei*) y colocadas una frente a otro en reciprocidad, sin esas formas de opresión que luego introducirá el pecado. Queriendo

articular la alianza entre hombre y mujer en sus dimensiones intrínsecas, es necesario distinguir entre esponsalidad y nupcialidad. La responsabilidad se sitúa al nivel de la estructura constitutiva del ser humano e indica su capacidad relacional, es decir, amar, tanto verticalmente, a Dios, como horizontalmente, entre hombre y mujer. La nupcialidad se refiere a una relación exclusiva, fiel e indisoluble e invita a un replanteamiento profundo de las figuras de la virginidad consagrada y del celibato, más allá de la sola conyugalidad. El segundo concepto a destacar, respecto a la amistad espiritual, es el de proyecto. Vimos que, al connotar la amistad entre un hombre y una mujer como espiritual, se enfatiza la orientación común hacia un objetivo común, que puede ser propio de la pareja en cuestión, o referirse al ámbito eclesial más amplio. Es central el compromiso de lograr una realización que solo se puede alcanzar juntos y cada uno de los dos amigos aporta su contribución única e insustituible que el otro agradece como un regalo gratuito. La historia de la Iglesia recoge varias relaciones fructíferas de este tipo y cada una de ellas ha marcado, de forma más o menos visible, un punto de inflexión tangible del que surgieron novedades que hubieran sido impensables de otro modo.



Basilea, otoño de 1940. En una terraza con vistas al Rin, **Hans Urs von Balthasar** se encuentra con **Adrienne von Speyr** por primera vez. Hablan de literatura francesa y, en concreto, de **Paul Claudel** y **Charles Péguy**, los poetas que Balthasar está traduciendo.

Él ya era un teólogo de renombre que pertenecía a la Compañía de Jesús desde 1929. Descubrió su vocación cuando su madre muere prematuramente. Ella era quien lo llevaba a la misa en la iglesia de los jesuitas, cerca de su casa. Estudiante brillante, apasionado de la poesía alemana, amante de la música, especialmente de **Mahler**, traducía por entonces *El zapato de raso* de Claudel. A través de este libro, —centrado en el amor entre un hombre y una mujer sustraídos al eros y transformado en amistad espiritual—, transfiguraría, su relación con Adrienne, protagonista de una teología renovada.

Adrienne, en ese balcón, se encuentra frente a él como esperando a alguien que ya conoce. Médico, la primera mujer suiza admitida en esta profesión. Está casada y su vida espiritual es vibrante. Fue una niña despierta e inteligente que durante su juventud sufrió profundamente la conflictiva relación con su madre quien la había obligado a abandonar el bachillerato por ser mujer. La intervención de su padre le salvó de la monotonía del colegio femenino y le permitió regresar al bachillerato, un regreso celebrado con el atronador aplauso de sus compañeras que admiraban su inteligencia y valor. Ese mismo valor le hacía reaccionar ante las injusticias, como cuando en clase se puso de pie y espetó a un maestro que había abofeteado a un alumno: “¿Queréis ver a un cobarde?, ¡aquí tenéis a uno!” Había recibido el don de las visiones desde una edad temprana, cuando su ángel de la guarda la consolaba por los problemas con su madre y le enseñaba a rezar. A los seis años, Adrienne conoció a **San Ignacio**. La dulce visión que tuvo de **María** rodeada de ángeles y santos fue la respuesta a lo que le faltaba, una respuesta a ese Dios austero y riguroso del ambiente protestante en el que nació y que no la representaba. A los dieciséis años, tras la repentina muerte de su padre, su físico colapsó a tal punto que los médicos determinaron que moriría por la tuberculosis que recorría sus pulmones.

Las cosas estaban destinadas a ser diferentes y veinte años después, en esa terraza de Basilea, se forjó una asociación dura-



Una doble misión



Adrienne von Speyr y Hans Urs von Balthasar sumaron su saber teológico

dera y fructífera que renovó la teología de la época. El entendimiento espiritual con Adrienne es instantáneo, como escribe Balthasar: “Inmediatamente, hablamos sobre la oración y tan pronto como le mostré que con hágase tu voluntad no proponemos nuestra obra a Dios, sino nuestra disponibilidad para ser integrados a su obra y comprometidos en ella, fue como si hubiera pulsado sin querer un interruptor que de pronto enciende todas las luces de la habitación”. Tras este encuentro, Adrienne, bajo la dirección espiritual de Balthasar, recibe el bautismo católico. Desde entonces revivirá la Semana Santa todos los años de un modo particular. La sensación de soledad y sufrimiento del Hijo separado de su Padre resuena hasta tal punto en sus visiones del infierno que queda impresa en su cuerpo en forma de estigmas. Para Balthasar, esa extrema impotencia encarnada en el cuerpo de Adrien-

ne, se convierte en el fundamento de su teología porque la entiende como la única capaz de poder liberador. Cuatro años después, el jesuita comienza a recopilar en los Cuadernos los dictados de Adrienne centrados en el Evangelio de Juan y en la experiencia del Sábado Santo. Aprende a escribir taquigráficamente, traduciendo del francés revelaciones dictadas por una mujer que no explica, pero ve. Balthasar señala: “Sus dictados se vuelven fluidos, sus proposiciones son tan precisas que ella misma renuncia a revisarlas. Transcribo lo que narra sin dificultad. A veces gira en torno a una idea que quiere expresar, con múltiples expresiones hasta encontrar la exacta, entonces basta con que esta sola quede por escrito”. Estos dictados durarán veintisiete años y producirá más de sesenta libros sobre espiritualidad y teología firmados por Adrienne. En 1945 fundan la Comunidad de San Juan.

Para la redacción de sus textos, Balthasar se basa en las visiones de Adrienne, las sistematiza y las inserta en su pensamiento teológico. Este pensamiento tiene como eje la *kénosis*, entendida como la definición misma de Dios en la relación trinitaria, lugar de mutua abnegación de las personas divinas, relación dinámica de amor entendida como don de sí.

En el entorno del catolicismo suizo, esta asociación espiritual se ve con sospecha, a pesar de que el carisma de Adrienne siempre ha sido acogido con respeto por la ortodoxia. En 1950 Balthasar se vio obligado a dejar la orden, aquella Compañía de Jesús a la que definió como su “patria” debido a la incomprensión de sus superiores preocupados por las habladurías. Adrienne está impactada por esta decisión y se siente personalmente responsable. En su *Diario* anota que escuchó una voz: “Tu destino es demasiado pesado, porque incluye el destino de Hans Urs”. Cuatro años después, gravemente enferma, abandona la práctica de la medicina. Está tan enferma que los médicos vuelven a sorprenderse de que sobreviviera. Hans Urs siempre está cerca de ella, dispuesto a transcribir sus visiones y a descifrar las figuras de los santos con los que Adrienne trata. Muere a los 65 años, el 17 de septiembre de 1967.

Mientras tanto Balthasar, que realiza conferencias por Europa para sobrevivir, viene rehabilitado por la Iglesia, aunque no es invitado al Concilio Vaticano II, lo que lo convierte en uno de los “grandes ausentes”. Muere el 26 de junio de 1988, dos días antes del consistorio en el que **Juan Pablo II** lo hubiera creado cardenal.

El eremita del “Volto santo”

Blandina Paschalls es experta en el velo de Manoppello

DE LILLI MANDARA

La ermita de Santa María se encuentra en Abruzzo, en la cima de una colina que domina el pueblo de Manoppello. Para llegar, se sube por un camino incómodo y aquí, frente a la verja de hierro forjado se detiene siempre un pequeño vehículo listo para el descenso.

Es el coche de la ermitaña **Blandina Paschalis Schlömer**, de 78 años, una monja que perteneció a la Orden de las Misioneras de la Preciosísima Sangre y después a la Orden de los Trapenses hasta el día en que pidió permiso para dejar la vida comunitaria y continuar con sus estudios sobre la Santa Faz de Manoppello, ese velo ligero con la imagen de un rostro masculino de cabello largo y barba que se cree que corresponde al rostro de Cristo.

La Madre Superiora lo comprendió, pero le puso una condición: que fuera económicamente autosuficiente. Respondió de inmediato que sí, porque la supervivencia nunca había sido un problema para ella. Y así fue. Decidió encerrarse como ermitaña en Manoppello para demostrar a los fieles y al mundo entero que la imagen impresa en el fino velo de la Santa Faz y la de la Sábana Santa encajan perfectamente. Se ve es el rostro de Jesús.

Es una ermitaña moderna, tiene un coche sin carné porque nunca ha podido obtener el permiso y hace la compra. Tiene *WhatsApp*, *Twitter*, *Signal*, porque reconoce la importancia de las redes sociales y la comunicación y cree que sus estudios deben ser difundidos y compartidos.

Tiene una casa amarilla de dos pisos en cuya entrada hay tres cuencos para los tres gatos que cuida. En la planta baja está su estudio, los iconos, los ordenadores, la biblioteca y los obsequios de los peregrinos. Llegó aquí en 2003 pero esa increíble atracción por el rostro de Jesús siempre le ha acompañado desde que era niña.

Tiene ganas de hablar.

“Antes, para mí solo existía la Sábana Santa, de la que había descubierto su existencia en 1965. De joven siempre me atraía la belleza exterior y me llevó un tiempo

darme cuenta de que la verdadera belleza no está en lo externo. Me encontré con la Santa Faz por casualidad cuando leí un artículo de **Renzo Allegri**, el biógrafo del Padre **Pío**, en un semanario italiano”.

El artículo fue recogido por un periódico católico suizo en idioma alemán que se encontraba en el monasterio de las monjas trapenses en Alemania y que llegó a las manos de la joven hermana Blandina. “Leí, releí y reflexioné. Si la reliquia de Manoppello representa el rostro de **Jesús**, debe ser igual al de la Sábana Santa. Pegué la foto en la pared de mi celda, aunque la imagen me asustaba. Junto a la Santa Faz coloqué la imagen de la Sábana Santa y estuve pensando en ellas días y días. Escribí al Santuario de Manoppello pidiendo una fotografía en color más grande que ese recorte de periódico. En ese momento las similitudes me parecieron más visibles”. Con una diferencia y es que en la Sábana Santa se representa a Jesús como muerto, mientras que en la Santa Faz está vivo y, aunque marcado por el martirio, tiene los ojos abiertos. Ha resucitado.

Sostiene que si la Sábana Santa es la tela que envolvió el cuerpo de Jesús en el sepulcro, el velo de Manoppello se colocó sobre la Sábana Santa. Y explica que en las dos reliquias las medidas son idénticas, que los hematomas, edemas, heridas de la frente, nariz y sangre coagulada están en el mismo lugar. “Seguí estudiando, pero necesitaba pruebas, otras pruebas. Todos desconfiaban de lo que decía, me tomaban por loca. Hice transferir las dos imágenes a una película y cuando las superpuse tuve la certeza de que era la misma cara porque todos los puntos encajaban perfectamente”.

Está recorriendo con entusiasmo el camino que la condujo hasta aquí, donde todos la quieren y la estiman, especialmente desde que en 2006 visitó el santuario Benedicto XVI. El Papa se detuvo a rezar frente a la Santa Faz. Los fieles leyeron en ese gesto y en la elevación del Santuario a basílica menor que tuvo lugar poco después, una señal implícita de reconocimiento.

“Siempre he insistido, he sido persistente, casi obsesiva. Conocí al padre jesuita



Heinrich Pfeiffer, profesor de Historia del arte cristiano y miembro de la Comisión para el Patrimonio Cultural de la Iglesia. Vino a Manoppello y estudió la reliquia. Me dijo que la Santa Faz podía ser el paño original de la Verónica romana que se mostraba a los peregrinos en Roma y que se creía perdido”. Y que después, de acuerdo con varias hipótesis, fue donado a los frailes capuchinos de Manoppello, quienes lo conservan desde hace más de 500 años.

Otro estudioso, el padre **Andreas Resch**, religioso redentorista, analizó los datos y concluyó que las similitudes entre la Sábana Santa y la Santa Faz no son una coincidencia, los dos rostros pertenecen a la misma persona y son imágenes no creadas por la mano humana, aunque algunos sostienen que la Santa Faz es una pintura del siglo XVI de **Alberto Durero**.

“Quien no quiera obedecer a Dios y sus leyes nunca verá nada”, asevera Blandina. Cada vez que mira las dos imágenes, tiembla, otra señal según comenta.

“Casi he cumplido los 80 años, se han escrito libros y artículos científicos importantes, ha habido un interés muy fuerte por la Santa Faz, pero mi investigación todavía no ha atraído mucha atención”, lamenta. “Pero no importa, me interesa demostrar a los fieles que este es el rostro de Jesús, el mismo de la Sábana Santa”.

Y en Manoppello hay miles de peregrinos cada año, que visitan la basílica de la Santa Faz y después suben por el camino que conduce a la ermita de Santa María. Van a casa de la hermana Blandina.



Universidad Pontificia de Salamanca

UNIVERSIDAD DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comprometidos con un futuro excelente



www.upsa.es

Universidad patrocinadora de este suplemento